

La condición colombiana: Violencia y consumo cultural global

Alejandro Herrero-Olaizola

reseñada por

Astrid Lorena Ochoa Campo

University of Wisconsin-La Crosse

Alejandro Herrero-Olaizola. *La condición colombiana: Violencia y consumo cultural global*. Bogotá, D.C., Colombia: Universidad de los Andes, 2025. 284 pp. ISBN 978-958-798-796-6.

La condición colombiana: Violencia y consumo cultural global es una obra fundamental para comprender cómo la violencia en Colombia ha sido transformada en producto de exportación para el consumidor cultural global. En palabras de Herrero-Olaizola, su libro investiga “la presencia de la ‘violencia colombiana’ como una marca cultural rentable que se intercambia y difunde ampliamente en el mercado cultural global” (4). Su libro examina cómo escritores, cineastas y artistas contemporáneos han incorporado la violencia persistente del país en productos culturales que circulan ampliamente, desde narcohistorias y películas de reconciliación del conflicto armado hasta instalaciones artísticas sobre el posconflicto. Dada la importancia de los estudios globales en las últimas décadas, el libro de Herrero-Olaizola nos ayuda a comprender cómo “la condición colombiana”—la idea de que Colombia es un país fundamentalmente violento—se explota con fines de lucro aun cuando se quiera proyectar una imagen diferente del país a nivel global.

Divido en cuatro capítulos y un epílogo, *La condición colombiana* ofrece un análisis de textos relevantes. El primer capítulo se centra en la figura de Pablo Escobar como “ejemplo por excelencia de las formas en que los conglomerados editoriales y mediáticos de hoy mercantilizan la condición colombiana” en la literatura, cine, televisión y arte (29). Obras como *La virgen de los sicarios* (1994), *El ruido de las cosas al caer* (2011), las pinturas de Fernando Botero, y las series *Entourage* (2009) y *Sin tetas no hay paraíso* (2006) junto con el documental *Pecados de mi padre* (2009), son estudiadas como ejemplos de una economía cultural que reproduce la lógica del narcotráfico: exceso, consumo y espectacularización. Herrero-Olaizola articula una crítica contundente a esta economía delirante, siguiendo a Michael Taussig, y muestra cómo estas representaciones refuerzan estereotipos y consolidan una imagen exportable de Colombia basada en la violencia. Este

capítulo se destaca por su capacidad de conectar la producción cultural con dinámicas coloniales y de mercado, revelando cómo la criminalidad se convierte en mercancía.

El segundo capítulo aborda el caso de Ingrid Betancourt y el auge de las memorias de su cautiverio de seis años bajo las FARC. A través del análisis de textos como *No hay silencio que no termine* (2010), el cómic *Íngrid de la jungle* (2010), y producciones audiovisuales como *Operación Jaque* (2010) y *Operación E* (2012), Herrero-Olaizola examina cómo la narrativa del secuestro se convierte en un bien de consumo global. También establece un contraste entre la memoria individual sobre el conflicto armado, promovida por el mercado, y la memoria colectiva impulsada por instituciones como el Centro Nacional de Memoria Histórica. Este capítulo es particularmente valioso por su reflexión sobre la tensión entre memoria(s) y cobertura mediática, y las conexiones con el género testimonial latinoamericano.

De las memorias, Herrero-Olaizola se desplaza hacia la mirada extranjera y su papel en la construcción de la imagen de Colombia. A través del análisis de narrativas de viaje escritas por autores de Australia, Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos, se revela cómo el país es representado como un destino exótico y peligroso, ideal para el “turismo oscuro.” Este capítulo introduce al lector a obras en inglés que tal vez no haya oído mencionar antes, tales como *Cocaine Train* (1999) de Stephen Smith y *Short Walks from Bogotá* (2012) de Tom Feiling. Además, Herrero-Olaizola destaca que estas obras no deben ser descartadas como simples “libros de viajes generados por el mercado para la lectura recreativa” ya que sus autores se interesan por “la defensa de los derechos de las víctimas del conflicto armado” (178). Estas narrativas, dirigidas a lectores internacionales, combinan el placer del descubrimiento con una conciencia social, creando una experiencia de consumo cultural que mezcla ocio, activismo y exotismo.

En el cuarto capítulo, Herrero-Olaizola se adentra en el cine colombiano contemporáneo producido en el contexto del proceso de paz y esfuerzos por la reconciliación nacional. Películas como *La sombra del caminante* (2004), *La sirga* (2012), *La tierra y la sombra* (2015) y *Violencia* (2015) son analizadas desde la perspectiva de la visualidad háptica, es decir, una estética que privilegia la experiencia sensorial y afectiva sobre la representación visual tradicional. Herrero-Olaizola argumenta que estas obras ofrecen nuevas formas de comprender el conflicto armado, apelando al tacto, al sonido y a la empatía, fomentando experiencias cinematográficas comunitarias. El capítulo es notable por su originalidad teórica y por abrir un camino hacia una estética de la paz que va más allá del discurso político. Conectado a este capítulo, el epílogo reflexiona sobre el futuro de la producción cultural en el contexto del posconflicto colombiano. A través del análisis de las estrategias mediáticas del gobierno durante la firma de los Acuerdos de Paz y del referendo, así como de la instalación artística *Quebrantos* de Doris Salcedo en 2019, se plantea una crítica a la instrumentalización de la memoria en función del mercado. El autor subraya que, a pesar del discurso oficial de reconciliación, la violencia persiste, especialmente en los asesinatos de líderes sociales. Este cierre es poderoso porque no ofrece una conclusión definitiva, sino que deja abierta la pregunta sobre cómo narrar una paz aún incompleta.

La condición colombiana es un libro imprescindible para entender cómo diversas manifestaciones y actores de la violencia en Colombia, desde los años noventa, se han

convertido en productos culturales de consumo global. Su análisis interdisciplinario, que abarca literatura, cine, arte y medios, ofrece una visión compleja y matizada de los procesos de mercantilización cultural. Herrero-Olaizola logra un equilibrio admirable entre el rigor académico y la claridad expositiva, lo que hace que el libro sea accesible y estimulante para una amplia audiencia. Su publicación en español extiende su alcance a un público hispanohablante, en particular colombiano. Además de su valor analítico, el libro tiene una dimensión ética importante: invita a reflexionar sobre el papel de los consumidores culturales en la reproducción de narrativas de violencia y sobre la responsabilidad de los creadores en contextos marcados por el conflicto. En un momento en que Colombia busca consolidar una paz duradera, esta obra sirve para pensar el papel de la cultura en ese proceso.